

1868
1874

187

OCHOA
— — —
OS SEÑORES
DE HERMIDA

PQ6627
.C4
S4

M. 7.



1020027857



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

pto diez

COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA
VOLUMEN VIGÉSIMO PRIMERO

Los Señores de Hermida

Novela

CRÍTICA Y CUENTOS



Colección Elzevir Ilustrada

VOLÚMENES PUBLICADOS

- I.—M. HERNÁNDEZ VILLAESCUSA.—*Oro oculto*, novela.
II.—VITAL AZA.—*Bagatelas*, versos.
III.—ALFONSO PÉREZ NIEVA.—*Ágata*, novela.
IV.—NILO MARÍA FABRA.—*Presente y futuro*, nuevos cuentos.
V.—FEDERICO URRECHA.—*Agua pasada*, cuentos, bocetos y semblanzas.
VI.—EMILIA PARDO BAZÁN.—*El Tesoro de Gastón*, novela.
VII.—M. MORERA Y GALICIA.—*Poesías*.
VIII, IX y XIII.—ENRIQUE R. DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.—*Cuadros de la fantasía y de la vida real*. Tres tomos.
X.—CONDE DE LAS NAVAS.—*El Procurador Yerbabuena*, novela.
XI.—NARCISO ÖLLER.—*El Esgaña-pobres*, estudio de una pasión.
XII.—JUAN OCHOA.—*Un alma de Dios*, novela.
XIV.—JUAN MARINA.—*Toledo*, tradiciones, descripciones, narraciones y apuntes de la imperial ciudad.
XV.—VITAL AZA.—*Ni fu ni fa*, versos.
XVI.—TRINDADE COELHO.—*Mis amores*, cuentos y baladas.
XVII.—MIGUEL RAMOS CARRIÓN.—*Zarzamora*, novela.
XVIII.—NARCISO ÖLLER.—*Perfiles y brochazos*, cuadros y cuentos.
XIX.—DR. THEBUSSEM.—*Futesas literarias*.
XX.—GUSTAVØ MORALES.—*El indiano de Valdella*, novela.
XXI.—JUAN OCHOA.—*Los Señores de Hermida*, novela. *Crítica y cuentos*.

Juan Ochoa

Los Señores de Hermida

Novela

CRÍTICA Y CUENTOS

CON UN PRÓLOGO

POR

D. LEOPOLDO ALAS

Y UN ARTÍCULO BIOGRÁFICO

POR

D. RAFAEL ALTAMIRA

ILUSTRACIONES DE

ARTURO CARRETERO



BARCELONA

JUAN GILI, LIBRERO

223—CORTES—223

MCM

099896

31447



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

P00027

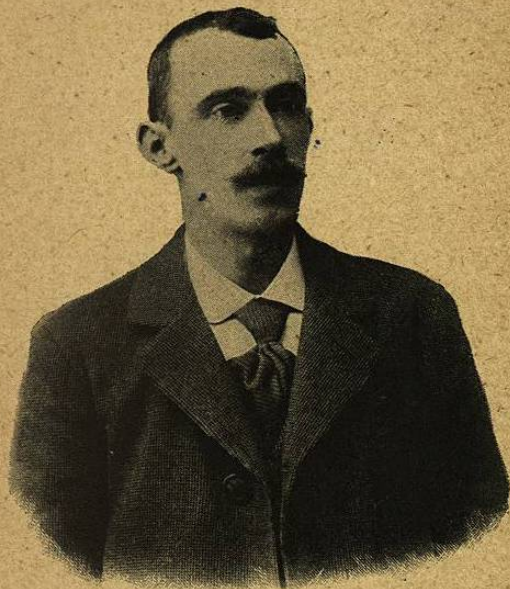
C4

S4

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOT. UNIV. ALFONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



PRÓLOGO



La costumbre de escribir para el público desconocido, heterogéneo, de asuntos que nos da la realidad exterior, de interés general, si nos hace menos ardua la tarea de ocultar el estado del propio ánimo y atemperarnos al tono que conviene á la materia, en cambio, nos quita aptitud para escribir lisa y llanamente de nuestros sentimientos reales, cuando esto es lo oportuno.

En este caso me veo. Tengo que hablar de Juan Ochoa; no por crítico, sino por amigo del malogrado escritor, se me invita á este trabajo, que es para mí ya caso de conciencia. Y hace meses que he debido dar mi labor concluída; pero *no se me ocurría nada*. Y ahora es el último plazo; ó escribo esta noche, ó el libro de Ochoa sale sin mi prólogo. No saldrá, no. Pero... todavía *no se me ocurre nada*. Parece que se me ha olvidado todo lo que sé y siento de Ochoa. ¡Y podría llenar un libro con ello! Tengo miedo en este momento á la retórica como á una profanación. Se me ocurren frases,

tal vez gráficas, acaso propias para explicar algo de lo que Ochoa fué, valió y yo le quise; pero escribirlas me parecería como ponerme á cantar donde se llora.

El lector encontrará en la hermosa semblanza de Altamira, que sigue á estas páginas mías, lo que más le importa saber, lo que prueba el mérito grande del literato perdido, del hombre bueno que tan pronto nos dejó; que se fué muriendo tan suavemente, con tal modestia, —como apagando el ruido de los pasos al marchar,— que de él quisiera decir, no que murió, sino que *se fué con Dios*, como dice la Biblia, de Elías.

Tranquilo con esto; seguro de que estas imprevistas expansiones mías no son para el lector la *noticia* necesaria respecto del autor de este libro, sino algo accesorio, un desahogo, un ejemplo de lo mucho que á Juan Ochoa quisieron muchos, dejó ya correr la pluma, diciendo cualquier cosa, sin orden, sin pretensión alguna de acierto, *como puedo*.

* * *

A Juan Ochoa había que descubrirle. Se ocultaba entre docenas de jóvenes que, por fuera, parecían lo mismo que él. En su arte pasa algo parecido. Los principales méritos de sus escritos no son ostensibles. Es difícil que un alma falsa, sea por lo que sea, guste de veras de las invenciones del novelista avilesino. Podrá decirlo, porque lo ha oído á muchos; pero aquel ambicioso, ó hipócrita ó vanidoso ó

egoísta que se quede frío ante la idea del bien moral y sólo penetre su valor dialéctico, no su enjundia ética, ese no podrá gozar del todo la poesía de Ochoa, cuyas musas fueron la bondad y la gracia.

Si *Un alma de Dios* es lo mejor de Ochoa, en cierto sentido, es porque su aroma íntimo es el bien gracioso, delicado.

* * *

En sus últimos años, yo fuí su más constante compañero. Yo enfermo ó aprensivo, él enfermo sin aprensión, no por ilusionado, sino porque pensaba poco en sí mismo, nos juntábamos casi todas las mañanas de primavera y de otoño en el *Campo de San Francisco*, nuestro querido parque de Oviedo. Yo parecía el enfermo principal, porque era el más egoísta. Alma con alma, hablábamos de Dios, de la otra vida, los dos espiritualistas, pero sin hipotecas; en mis creencias y sentimientos había más artificio, *más literatura*; en los de Ochoa, mucho más joven, había más gracia; espontaneidad virtuosa; menos afición al aspecto metafísico de estas cosas; tendencia á lo moral, á lo práctico... y á pasar luego, sin dejar lo religioso, á la naturaleza, al campo;... y á los dos minutos de convenir en que el *circulus vitiosus deus* renovado por Nietzsche era una teoría tan absurda como horrorosa; y en que la filosofía de la *contingencia* de un Boutroux era una profunda mirada á la realidad recóndita;... estábamos hablando de un tordo que cantaba sobre

nuestras cabezas en la copa de un roble; y Ochoa relataba la historia del pájaro, porque le conocía; hacía tanto tiempo que venía al Campo; venía de tal parte, se marchaba á tal hora... Ochoa le seguía los pasos... es decir, el vuelo.—Había que oírle describir la vida de la aldea, de nuestra aldea asturiana. Él sabía gozarla de veras, no á lo poeta lírico, sino con dulce mezcla de prosa y poesía, de utilidad y ensueño, como en las Geórgicas. Más que á ninguno de los que hemos escrito algo de estas cosas campestres de por acá, se parecía, para bien suyo, al gran maestro de todos, á Pereda.

* * *

¡Pereda! ¡Cómo le admiraba Ochoa! En las nuevas generaciones literarias suelen abundar los jóvenes que toman el respeto y la admiración como estigma de servidumbre y limitación intelectual. Ochoa no era de éstos. No tenía ídolos, jamás prescindía de su juicio sereno, penetrante y fino; pero cuando veía que había razón para admirar, ¡con qué placer, con qué entusiasmo lo hacía!

Cuando Juan Ochoa publicó su *Alma de Dios*, yo quise conocer la impresión que la novela causaba en hombres como Pereda, Galdós y Menéndez y Pelayo. Escribí á los tres. Los tres contestaron... lo mismo, en substancia. Que el libro era muy hermoso, su autor un novelista de veras; no una esperanza; una realidad. En el mundo no ha habido hombre más modesto que Ochoa: lo era por naturaleza, por

aquello de pensar poco en sí mismo. Pero estas cartas de los tres maestros ¡le llegaron al alma! Eran una dulce recompensa. Las quiso guardar él, y yo se las dí con verdadera alegría. Entre sus papeles estarán. Acaso no. Acaso las guardó de otra manera: como joyas, como reliquias.

* * *

He conocido muy pocos hombres que, con toda sinceridad, se interesaran mucho por las cosas ajenas; no digo que no haya muchos, sino que yo he conocido pocos. Ochoa era uno de ellos. Ya he dicho que admiraba y amaba el talento; pero si el talento era de un amigo, Ochoa tenía para aquella amistad cuidados que parecían maternales. Era inagotable en la apología elocuente, sincera, entusiástica de los asturianos que él entendía que valían mucho.

De Campoamor ha escrito páginas muy graciosas y muy profundas. Pero de los paisanos que tuvieron grandes méritos y no fueron todo lo famosos que merecían, era de quien Ochoa más tenía que decir y alabar, crónica perpetua de sus gestas y frases. Parecía que era su afán constante conseguir que no se olvidara á los muertos que no merecían olvido. Tuero, aquel Tuero genial, mi mayor amigo en este mundo, con algún otro, el hombre de más talento, en cierto sentido largo de explicar, que yo he conocido; Tuero, el malogrado escritor, cuya producción escasa, con valer tanto, no da más que débil idea de lo que aquel gran satírico y aquel gran corazón valía, Tuero ya legendario, tenía

en Ochoa el más ferviente panegirista y uno de los espíritus que mejor penetraron su mérito singular, su originalísima naturaleza.

Sánchez Calvo, el pensador profundo, de alma angelical, más conocido que en su patria, por sabios extranjeros, era otro de los *cultos* de Ochoa y tema inagotable de sus profundas, graciosas observaciones y pinturas de carácter ya patéticas, ya cómicas.

Entre los vivos, Armando Palacio, nuestro novelista insigne, y Melquíades Alvarez, el orador ardiente y de escultural palabra, eran los predilectos—de los asturianos hablo—para aquel hombre que tanto sabía gozar queriendo y admirando á los otros.

Algunas veces, pocas, el cariño de Juan le hacía ver mérito donde no lo había. A esto debe el que está escribiendo el haber tenido en Ochoa un defensor denodado. Pero, tanto nos habíamos unido de corazón en estos últimos años, que á mí la opinión de Ochoa respecto de mi persona tenía que saberme casi á humo de amor propio.

Otro culto, más alto, tenía: el de los antiguos, el de nuestros clásicos. ¡Cómo *sentía*, cómo comprendía á Cervantes...! Y siempre así, siempre *los demás*, vivos ó muertos.

Era una fuente de caridad fecundando una inteligencia. La inteligencia; lo que más necesita en nosotros que la caridad lo refresque y anime.

Hasta su sátira era una absolución. Hablando y escribiendo, era maestro en lo cómico, en el dibujo de lo ridículo; pero jamás había una gota de hiel en su lengua ni en su pluma. En

las flaquezas humanas veía la sugestión para el arte; en las que no sirven para eso, él no pensaba como satírico, sino como hombre bueno. Esta clase de delicadeza, mezcla de buen gusto y de buen corazón, la tienen pocos.

Como San Francisco, llevaba su bondad hasta la vida oscura de los irracionales. Si no los llamaba *hermanos*, como él santo, los estudiaba profundamente con gran cariño; y así, varios animales-personajes de las novelas y cuentos de Ochoa me recuerdan aquellos pájaros y aquellos cuadrumanos tan simpáticos, tan nobles, del *Ramayana*. Sin ser muy bueno, y además muy artista, no se puede pintar con la maestría de Ochoa ciertos perros y gatos que encontramos en sus libros.



Debo concluir. Veo, con pena, que he cumplido mi programa de ser desordenado, *fragmentario*. ...No podía esperarse mejor éxito. Sólo estoy contento de una cosa: de la absoluta sinceridad con que he escrito estas cuartillas. Si mi querido Juan Ochoa, desde la otra vida, en que yo creo, y en que él creía, puede penetrar en el fondo de mi alma... no le temo; él y Dios podrán ver que, en la intención, no he profanado con torpes y discordantes retóricas, como acaso parezca por impericia de la pluma, la seriedad del noble afecto que nos unía... que nos une.

Oviédo 18 de abril de 1900.

CLARÍN.